



Parroquia Nuestra Señora de

Fátima
Ocaña



Homilía: Domingo 18 de octubre 2026

Padre Jairo López

**“TE LLAMÉ POR TU NOMBRE,
TE DI UN TÍTULO DE HONOR” (Is. 45, 10)**

La liturgia de este domingo nos invita preguntarnos algo muy serio:
¿Dónde colocamos a Dios?...

Él me llama por mi nombre y me da un título de honor: **soy cristiano**. No para que tomemos partido, sino para aprendamos a distinguir lo importante de lo accesorio, lo pasajero de lo definitivo, y reconocer que solo Dios merece ocupar el lugar central del corazón. Desde ahí cobran sentido también la vida social, la política, el trabajo, la economía y todas las responsabilidades humanas **¿Para qué me llamó Dios y para qué me dio título de ser cristiano?**

1. Distinguir lo importante de lo accesorio. La moneda lleva grabada la imagen del emperador y, por eso, puede volver a quien la acuñó. Pero el ser humano lleva grabada otra imagen mucho más profunda: la imagen de Dios. Ahí está el verdadero giro del Evangelio.

Jesús no está repartiendo la vida en dos compartimentos estancos, uno religioso y otro político. Tampoco está despreciando las responsabilidades civiles. Reconoce que existen realidades propias de la convivencia humana que debemos asumir responsablemente.

Pero recuerda algo decisivo: **ningún poder humano puede reclamar aquello que pertenece únicamente a Dios**. Ninguna ideología, ningún partido, ningún proyecto económico o cultural merece una adhesión absoluta. Solo Dios puede ocupar el centro del corazón.

2. Para dejarlo que escriba recto en las líneas torcidas de mi corazón. Dios es el único capaz de escribir derecho en un corazón torcido. La primera lectura nos presenta una figura sorprendente: Ciro, rey de Persia. No pertenece al pueblo de Israel, ni siquiera conoce al Señor, y, sin embargo, Dios lo llama por su nombre y se sirve de él para liberar a su pueblo: *“Te llamé por tu nombre... aunque no me conocías”*.

3. Para que seamos agradecidos con él. Dios no solamente llama a Ciro, sino a mí, para los siguientes propósitos y cuidados:

- ✓ **Para llevarme en sus manos;** *“Míralo, en las palmas de mis manos te tengo tatuado, tus muros están ante mí perpetuamente (Is. 49, 16)”*;
- ✓ **Para darme un nombre.** Dios conoce mi esencia y me llama por mi nombre: *“No temas, porque yo te he rescatado; Te he llamado por tu nombre. Tu eres mío” (Is. 43, 1).*
- ✓ **Para consagrarme:** *“Antes de haberte formado yo en el seno materno, te conocía, y antes que nacieses, te tenía consagrado” (Jr. 1, 5);*
- ✓ **Para darme una insignia.** La señal del cristiano es la Cruz, que es signo de protección, de vida: *“pero al que lleve la cruz en la frente, no lo tocarás” (EZ. 9, 6).*

En definitiva, me llamó y me dio un título para que caminemos por la vía del amor, que es la vía de la vida, del servicio, la de la responsabilidad ciudadana, la de devolver al César (Dian) lo que es del César y a Dios lo que es de Dios: *“Entonces les replicó: Pues pagadle al César lo que es del César y a Dios lo que es de Dios” (Mateo 22, 21)* ... pongamos en primer lugar a Dios...seamos buenos ciudadanos, buenos vecinos y así andaremos por la vía que nos lleva al cielo...

No seamos mezquinos con lo que es de Dios: No nos pase como el padrecito que sabía cómo quedarse con la ofrenda del domingo y entonces se le ocurrió una super idea: *“dibujó un círculo en el suelo y lanza las monedas al aire diciendo: “Lo que caiga dentro del círculo es para Dios, y lo que quede fuera es para el padre”*.

Dejemos que el viento de Dios se lleva el peso

Revisemos nuestra mochila. Dice una historia que en un campo vivía un hombre que cargaba piedras en su mochila. Cada piedra representaba un resentimiento, un dolor no resuelto o un mal recuerdo.

Algunas eran pequeñas y otras grandes como rocas. Con el paso de los años, su mochila se volvió tan pesada que apenas podía caminar, siempre encorvado bajo esta carga invisible para los demás, pero dolorosamente real para él.

Una tarde de otoño, mientras descansaba en la cima de una colina, empezó a pedirle a Dios que le quitara el peso de la mochila... Dios le envió un viento cálido y gentil que parecía el mensaje de un ángel. El hombre, agotado por el peso, finalmente abrió su mochila y comenzó a examinar cada piedra. Mientras las sostenía, contaba en voz alta las historias de dolor asociadas a cada una. Y

algo extraordinario sucedió: al verbalizar estas historias, las piedras comenzaron a volverse más livianas, tan livianas que el viento se llevaba. "Ya no necesito esto", decía, y el viento respondía llevándose otro peso. Al final de aquella tarde, su mochila estaba casi vacía: contenía solo algunas piedras transformadas en pequeñas esmeraldas; esas piedras preciosas -le dijo Dios- son los recuerdos de las lecciones aprendidas que valen la pena guardar. Suelta las piedras y guarda las esmeraldas, los buenos recuerdos...